

PQ 2284

SG

L3

v. 4

1886

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES.



## MISCELÁNEA DE LITERATURA Y DE FILOSOFÍA

*A. Gante Jarrigui*

### DIARIO

de las ideas, de las opiniones y de las lecturas  
de un joven jacobino de 1819.

### HISTORIA

**E**NTRE los antiguos, la ocupacion de escribir historia servia de descanso á los grandes hombres históricos, y Jenofonte era jefe de los Diez mil y Tácito era príncipe del Senado. Entre los modernos, como los grandes hombres históricos no sabian leer, era preciso que la historia la escribieran letrados y sábios, que lo eran por permanecer extraños y separados de los intereses mundanales, esto es, de los intereses de la historia.

De aquí resulta que la historia, tal como la escriben los modernos, es mezquina y poco inteligible. Hay que notar que los primeros historiadores antiguos escribian segun la tradicion, y los primeros historiadores modernos segun las crónicas. A los antiguos les inspiraba la idea moral de que no bastaba que el hombre hubiera vivido, ni que un siglo existiera para que pudiera escribirse la historia, sino que era preciso además que hubiese dejado como enseñanza grandes ejemplos que imitar á los hombres futuros. Hé aquí por qué la historia antigua

no languidece nunca; es lo que debe ser, el cuadro razonado de los grandes hombres y de los grandes sucesos, y no como pretenden que sea en nuestro tiempo, el registro de la vida de algunos hombres, ó el proceso verbal de algunos siglos.

Los historiadores modernos, que sacan la historia de las crónicas, no vieron en los libros lo que en ellos existe, esto es, hechos contradictorios que restablecer y fechas que comprobar. Escriben como sábios, ocupándose mucho de los hechos y rara vez de las consecuencias, extendiéndose sobre los acontecimientos, no segun el interés moral de que son susceptibles, sino segun el interés de curiosidad que presentan con relacion á los acontecimientos de sus siglos; por eso la mayor parte de nuestros historiadores empiezan por compendios cronológicos y concluyen por escribir una especie de gacetas.

Se ha calculado que necesitaria ochocientos años el hombre que leyese catorce horas cada día, para leer las obras escritas sobre historia que se encuentran en nuestra Biblioteca real; y entre esas obras se cuentan más de veinte mil, casi todas de muchos volúmenes, de la historia de Francia, desde Royon, Fantin-Desodoards y Auquetil, que escribieron historias completas, hasta los cronistas Froissard, Comines y Juan de Troyes, los que nos hacen saber *que tal rey estaba*

enfermo, y que tal dia *un hombre se ahogó en el Sena.*

Entre estas obras se encuentran cuatro historias de Francia: la de Dupleix, que no se lee ya; la de Maceray, que se leerá siempre, no porque sea tan exacta y tan verdadera como dijo Boileau, por exigencias de la rima, sino porque es original y satírica, género que es muy agradable para los lectores franceses; la del padre Daniel, jesuita, famosa por las descripciones de las batallas, y que tiene el gran mérito de la erudición, pero en la que el conde de Bolainvillers solo encontró diez mil errores; y la historia que escribió Vely, que continuaron Villaret y Garnier. Villaret, que había sido cómico, escribió con estilo pretencioso y hueco, y fatiga por la afectación continua de sensibilidad y de energía; es inexacto con frecuencia y rara vez imparcial. Garnier, aunque más razonable y más instruido, no escribe mejor; su estilo es apagado y prolijo. Entre Garnier y Villaret media la diferencia que hay de lo mediano á lo peor, y si la primera condicion vital para una obra es que se lea, el trabajo de estos dos autores puede considerarse como inútil.

Por otra parte, escribir la historia de una sola nacion es escribir una obra incompleta, si no intervienen en ella las otras naciones que se le relacionan. No pueden escribirse buenas historias locales si no se relacionan con la historia general. Solo hay dos trabajos dignos del verdadero historiador: la crónica, el diario ó la historia universal. Tácito ó Bossuet.

Bajo el punto de vista concreto, Comines escribió una historia de Francia bastante buena en seis líneas: "Dios no ha creado nada en el mundo, ni hombres ni bestias, sin que les haya dado su contrario, para hacerles temer y que se humillen: por eso hizo vecinas la Francia y la Inglaterra."

Francia, Inglaterra y Rusia son los tres gigantes de Europa. Despues de nuestras recientes conmociones políticas, esos colosos guardan cada uno su actitud particular: la Inglaterra se sostiene, la Francia se engrandece, la Rusia se levanta. Este imperio, jóven aun en el viejo continente, se agranda desde hace un siglo con singular rapidez, y su porvenir pesa extraordinariamente sobre nuestros destinos. No será imposible que su barbarie llegue un dia á remojar nuestra civilizacion, porque el territorio

ruso parece que reserve poblaciones salvajes para atacar nuestras regiones civilizadas.

El porvenir de la Rusia, que es tan importante hoy para la Europa, dá gran interés á su pasado. Para presentir lo que puede llegar á ser ese pueblo, debe estudiarse bien lo que ha sido; pero es difícilísimo semejante estudio, porque para hacerlo con fruto hay que perderse en un caos de tradiciones confusas, de relaciones incompletas, de leyendas, de contradicciones y de crónicas truncadas. El pasado de esa nacion es tan oscuro como su cielo; se encuentran desiertos en sus anales como en su territorio.

Es empresa árdua el escribir la historia completa de Rusia; porque es difícilísimo atravesar la noche de sus tiempos para llegar, por hechos y crónicas que se entrecruzan y chocan, á descubrir la verdad. Es preciso que el escritor se apodere con audacia del hilo de ese dédalo, y que para desembarazarse de las tinieblas, su evolucion laboriosa lance viva luz en las cumbres de la historia de ese pais. La crítica concienzuda y sábia debe tener gran cuidado en restablecer las causas y en combinar los resultados, y su estilo tiene que fijar las fisonomías, indecisas hasta ahora, de los personajes y de las épocas. No es tarea fácil sacar á flote y hacer reaparecer á nuestra vista los acontecimientos que hace tanto tiempo desaparecieron en la corriente de los siglos.

El historiador, segun nuestra opinion, debe, para ser completo, prestar más atencion que hasta hoy se acostumbra á prestar á la época que precedió á la invasion de los tártaros, y consagrar quizá un volumen á la historia de las tribus vagabundas que recorren la soberanía de Rusia. Este trabajo aclararia sin duda alguna la antigua civilizacion que existió probablemente en el Norte, y el historiador podria aprovecharse para este estudio de las sábias disquisiciones de Klaproth.

Levésque ha referido ya en dos volúmenes, que añadió á su larga obra, la historia de esos pueblos tributarios; pero esta materia espera aun el verdadero historiador. Es menester tratar tambien, pero con más extensión que Levésque, y sobre todo con más sinceridad, ciertas épocas de gran interés, como el famoso reinado de Catalina. El historiador, digno de este nombre, castigaria con el hierro candente de Tácito y con el látigo de Juvenal á esa cortesana coronada,



RICHELIEU

BOSUET

á la que los altivos sofistas del último siglo consagraron el culto que negaban á su Dios y á su rey; á esa reina regicida, que puso en los cuadros de su tocador una matanza (1) y un incendio (2).

Indudablemente una completa historia de Rusia despertaría la atención universal. Los destinos futuros de la Rusia son hoy objeto de todas las meditaciones. Esos países del Septentrion han arrojado ya muchas veces el torrente de sus pueblos al través de la Europa. Los franceses de este tiempo han presenciado, entre otras maravillas, pacer en los céspedes de las Tullerías á los caballos que acostumbra á comer yerba al pié de la gran muralla de la China; y desconocidas vicisitudes han obligado en nuestros días á las naciones meridionales á dirigir á otro Alejandro las palabras de Diógenes: *Retirate, que me tapas el sol.*

Podría escribirse un libro muy curioso respecto á la condicion de los judíos en la Edad Media. Si se les aborrecia, fué porque eran muy odiosos; si se les despreciaba, fué porque eran muy viles. El pueblo deicida era al mismo tiempo un pueblo ladrón. A pesar de los consejos del rabino de Beccai, no tenían ningun escrúpulo en saquear á los nazarenos (así llamaban ellos á los cristianos), y de este modo eran víctimas de su propia avaricia. En la primera expedicion de Pedro el Ermitaño, algunos cruzados, fanáticos por el celo religioso, hicieron voto de degollar á todos los judíos que encontraran en su camino, y lo cumplieron. Esta ejecucion fué una sangrienta represalia de las matanzas bíblicas que cometieron los judíos. Suarez, entre unos y otros, solo nota esta diferencia: *Los hebreos degollaron á sus vecinos por una compasion bien entendida, y los cruzados mataron á los hebreos por una compasion mal entendida.*

Hé aquí una muestra del odio que se profesaba á los judíos. En 1262 se verificó una conferencia, ante el rey y la reina de Aragon, entre el sábio rabino Zequiel y el hermano Pablo Ciriaco, dominico muy erudito. Despues que el doctor judío citó el Toldos, Jeschuts, el Targun, los Sanhedrin, el Nissachon Vetus y el Talmud, la reina terminó la controversia preguntándole *por qué los judíos oían mal.* Con el transcurso del tiempo este odio fué debilitándose. En 1687 se imprimieron de este modo las

controversias entre el israelita Orovio y el armenio Felipe Limborch, en las que el rabino pone objeciones al muy ilustre y muy sábio cristiano, y en las que el cristiano refuta las aseveraciones del muy sábio y muy ilustre judío. En el mismo siglo diez y siete, el profesor Rittanger-Koeingerbewg y Antonio, ministro cristiano en Génova, abrazan la ley mosaica, lo que prueba que la prevención contra los judíos era ya mucho menor en dicha época.

En la actualidad existen pocos judíos que sean judíos y pocos cristianos que sean cristianos. Ya no se desprecia, ya no se odia, porque ya no se cree; esto es una gran desgracia. Jerusalem y Salomon son ya cosas pasadas y muertas; Roma y Gregorio VII tambien. Solo viven Paris y Voltaire.

El hombre enmascarado, que pasó mucho tiempo por ser un dios en la provincia de Khorassan, habia sido antes archivero de la cancillería de Abou-Monslem, gobernador de Khorassan durante el califato de Almanzor. Segun el autor de *Lobbtarifsch*, se llamaba Haken Ben Haschem. En el reinado del califa Mahadi, tercer abasida, hácia el año 160 de la Egira, fué soldado, y despues llegó á capitán y jefe de secta. La cicatriz que le hizo el hierro de una flecha le desfiguró el rostro, que se cubrió con un velo, por lo que le llamaban *Barcai* (velado). Sus adoradores se llegaron á convencer de que se cubria con el velo para ocultar el resplandor irresistible de su fisonomía. Khondemir está de acuerdo con Ben Schahunah para llamarle Haken Ben Atha, y pretende convencer de que llevaba una máscara de oro. Observemos de paso que un poeta irlandés contemporáneo cambió esa máscara de oro por un velo de plata. Abon Giafar Thabari hace una exposicion de sus doctrinas. Como cada día la rebelion de este impostor era más temible, el califa Mahadi envió á su encuentro al emir Abusaid, que derrotó al profeta velado, lo echó de Moron, obligándole á encerrarse en Nekhscheb, donde habia nacido y donde debia morir. El impostor, al verse sitiado, reanimó el valor de su fantástico ejército por medio de milagros que parecen increíbles. Hacia salir todas las noches, del fondo de un pozo, un globo luminoso, que se elevaba y lanzaba su claridad á muchas millas de distancia. Al llegar al último extremo de su desesperacion, envenenó en un banquete al

(1) La matanza de los poloneses en los arrabales de Praga.

(2) El incendio de la flota otomana en la bahía de Tchesmé.

resto de los seides que le quedaban, y con la idea de que creyeran que se había remontado al cielo, se sumergió en un cubo lleno de materias corrosivas. Ben Schannahn asegura que le sobrenadó el cabello, que no se consumió. Afirma también que una de sus concubinas, que se escondió para escapar del veneno, sobrevivió á la destruccion general y abrió á Abusaid las puertas de Nekhscheb. El profeta velado, al que ignorantes cronistas confunden con el Viejo de la Montaña, eligió el color blanco para sus banderas por el ódio que profesaba á los Abassaides, cuyo estandarte era negro. Su secta subsistió largo tiempo despues de su muerte, y por caprichosa casualidad existió entre los turcomanos la distincion de Blancos y Negros, precisamente en la misma época en que los Bianchi y los Neri dividian la Italia en dos grandes facciones.

Voltaire, como historiador, es admirable muchas veces: hace revivir los hechos. La historia es para él una larga galería de medallas de dobles caras. La reduce casi siempre á esta frase de su *Ensayo sobre las costumbres*: "Hubo allí cosas horribles y cosas ridículas." En efecto, la historia de los hombres se reduce á esto. Despues añade Voltaire: "El copero Montecuculli fué descuartizado; esto es horrible. El Parlamento de Paris declaró rebelde á Carlos V; esto es ridículo." Si hubiera escrito eso mismo sesenta años más tarde, esas dos frases no le hubieran bastado. Si hubiera escrito: "El rey de Francia y trescientos mil ciudadanos fueron degollados y fusilados, y la Convencion nacional declaró á Pitt y Cobourg enemigos del género humano," qué comentarios hubiera puesto?

Seria espectáculo curioso ver cómo Voltaire juzgaba á Marat; ver cómo la causa juzgaba al efecto.

Seria, sin embargo, injusto solo encontrar en los anales del mundo horror y risa. Demócrito y Heráclito eran dos locos, y uniendo las dos locuras en un solo hombre, no podrian dar por resultado un sábio. Voltaire merece, pues, el grave reproche de que su ingenio sobresaliente escribió la historia de los hombres por lanzar interminable sarcasmo contra la humanidad. Quizás no hubiera padecido este error si se hubiera limitado á escribir la historia de Francia; quizás el sentimiento nacional hubiera embotado entonces la punta aguda de su

espíritu; queremos hacernos esta ilusion. Hemos notado que Hume, Tito Livio y, generalmente hablando, todos los narradores nacionales, son historiadores benignos. Esta benevolencia, algunas veces mal fundada, incita á leer sus obras. En mi concepto, aunque el historiador cosmopolita tenga más mérito, tiene también valor el historiador patriota; el primero escribe bajo el punto de vista de la humanidad y el segundo bajo el punto de vista de su país. El narrador doméstico de una nacion me encanta muchas veces, hasta cuando le encuentro parcial, porque para mí encierra gran dignidad la frase que un árabe dijo á Hagyage: "Nó conozco más historias que la de mi pátria." Voltaire conserva siempre la ironía á su izquierda y al alcance de la mano, como los marqueses de su época llevaban á ese lado la espada, que era siempre brillante, hermosa, con adornos de oro y guarnecida de diamantes, pero que mataba.

Hay ciertas conveniencias de lenguaje que solo revela al escritor el espíritu de nacionalidad. Las palabras bárbaras que sientan bien á un romano cuando habla de los galos, sentarian mal en la boca de un francés. El historiador extranjero no encontrará jamás algunas expresiones gráficas que usan los hombres de cada país. Nosotros decimos que Enrique IV gobernó su nacion con bondad paternal; en una inscripcion china, traducida por los jesuitas, se dice que un emperador reinó con bondad *maternal*.

A un historiador.

Las descripciones de vuestras batallas son superiores á los cuadros polvorosos y confusos, sin perspectiva, sin dibujo y sin color, que nos ha dejado Mezeray, y á los interminables boletines del padre Daniel; sin embargo, permitidnos que os hagamos una observacion, que creemos que os será provechosa para el porvenir. Aunque os acercais mucho á la manera de hacer de los antiguos, no os habeis podido desprender completamente de la rutina de los historiadores modernos; os deteneis demasiado en los detalles y no os fijais bastante en las masas. ¿Qué nos importa que Brissac dé una carga contra Andelot, que Lanoue caiga del caballo y que Montpensier haya pasado un arroyo? La mayoría de los nombres que aparecen por primera vez durante el curso de la obra, causan confusion en

los puntos en que el autor no puede ser claro, y á ellos debia arrastrar el espíritu por la sucesion rápida de los cuadros. El lector se para para poder comprender á qué partido pertenecen tales y cuales nombres antes de poder tomar el hilo de la accion. No era este el método que usaban Polibio y Tácito, los dos primeros pintores de batallas de la antigüedad. Esos grandes historiadores empiezan por darnos una idea exacta de la posicion de los dos ejércitos, valiéndose de alguna imágen sensible sacada del orden físico, como por ejemplo: el ejército estaba formado en semicírculo; presentaba la forma de un águila que extiende las dos alas, etc., y en seguida se ocupan de los detalles. Los españoles formaban la primera línea, los africanos la segunda, los númeridos formaban las dos alas, los elefantes marchaban delante, etcétera etc. Si hubiéramos leído en Tácito: "Vibulennus dá una carga contra Rusticus, Lentulus cae del caballo, Civilis pasa el arroyo," es posible que ese boletín hubiera sido claro é interesante para los contemporáneos, pero indudablemente no hubiera complacido á la posteridad. En este error incurren casi todos los historiadores modernos: la costumbre que tienen de leer las crónicas les hace familiares con los personajes inferiores de la historia que no deben figurar en ella; el deseo de decirlo todo, cuando no debe decirse más que lo que interesa, les hostiga á emplearlos como actores en las circunstancias más importantes. De esto nace que escriben descripciones que comprenden bien ellos y los eruditos, pero que á la mayor parte de los lectores, que no tienen obligacion de leer las crónicas para leer bien la historia, fastidian, porque en ellas no encuentran más que nombres. Es preciso no decir á la posteridad más que lo que le interese; y para interesar á la posteridad no basta haber dado bien una carga, ni haber caído del caballo, ni haber combatido con la mano y con los dientes como Cynegiro y haber muerto como Assas.

Extracto del «Correo Francés» del jueves 14 de Setiembre de 1792 (año 4 de la libertad).

"La municipalidad de Herespian, departamento del Herault, ha dado á entender á su pastor, M. Francois, que le constaba que existia un cura que no era célibe. El cura Francois contestó de una manera que ha sobrepujado á las espe-

ranzas de sus feligreses. Confesó que tenía cinco hijos: el primero se llamaba *J. J. Rousseau*; el segundo, *Mirabeau*; el tercero, *Petion*; el cuarto, *Brissot*; el quinto, *Club de los Jacobinos*. El buen cura legará el patriotismo á sus hijos y los confiará á la tutela de la pátria, que vela por los ciudadanos virtuosos."

Despues de una lectura del «Monitor».

Proetes y Cyestris, antiguos filósofos, de los que yo no sé que nadie se haya ocupado, sostuvieron en otro tiempo el pró y el contra de una tesis casi olvidada en nuestros días. Se trataba de saber si era posible que el hombre riese á carcajadas y llorase á lágrima viva al mismo tiempo. Esta tesis quedó sin decidirse, y solo consiguió hacer más irreconciliables á los discípulos de Heráclito y los sectarios de Demócrito. Desde 1788 la cuestión se resolvió definitivamente: conozco un infolio que prueba este fenómeno y que dá solucion á esta disputa filosófica: este fenómeno es el *Monitor*; abridle y leedle los que querais reir ó los que querais llorar, ó reir y llorar á un mismo tiempo.

Aunque se juzgue con benignidad la época de nuestra regeneracion, es preciso encontrar singular el modo con que la edad de la razon preparaba nuestra edad de progreso. Las academias y los colegios estaban destruidos, se habian disuelto las universidades y los seminarios científicos; las desigualdades del genio y del talento se castigaban con la pena de muerte, como las desigualdades de clase y de fortuna. Sin embargo, se encontraban todavía, para celebrar la ruina de las artes, oradores que salian de las tabernas y poetas que vomitaban los garitos. En nuestros teatros, de los que estaban desterradas las obras magistrales, se aullaban atroces rapsodias de circunstancias, ó cargantes elogios de las virtudes llamadas cívicas. Abriendo el *Monitor* á la casualidad, me encuentro con la lista de los espectáculos que se representaron el 4 de Octubre de 1793, cuyo anuncio justifica las reflexiones que acabo de apuntar. Dice así:

"Teatro de la Opera Cómica Nacional.—Primera representacion de la *Fiesta cívica*, comedia en cinco actos.

Teatro Nacional.—*La batalla de Maratón* ó *el Triunfo de la Libertad*, obra heroica en cuatro actos.

Teatro del Vaudeville.—*La Mañana* y